

# GIACOMO LEOPARDI

(En el primer centenario de su muerte)

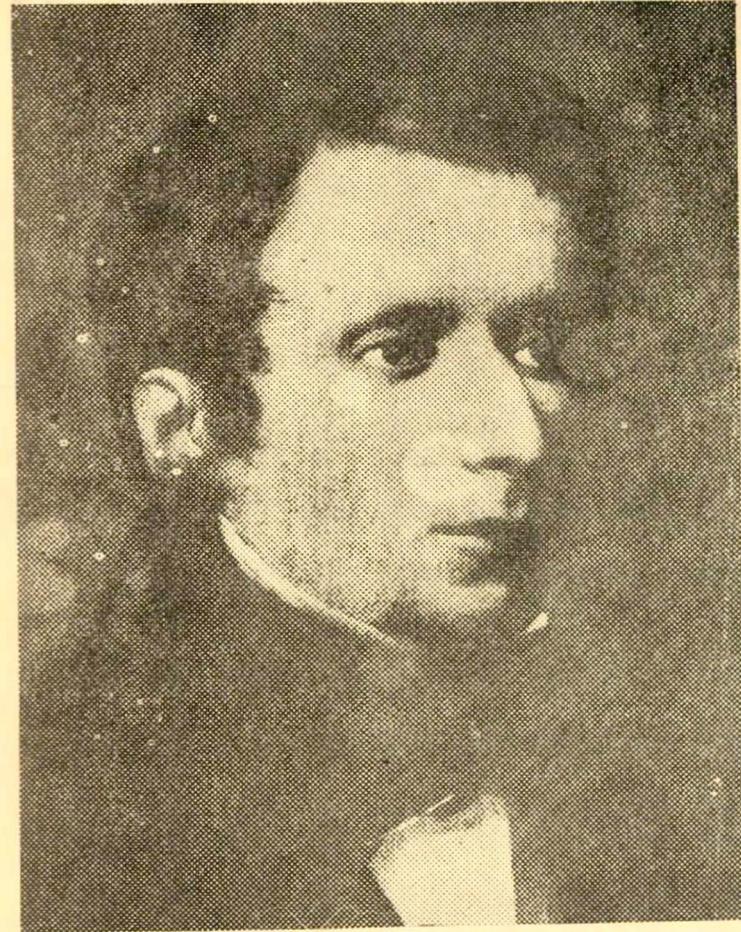
L'amor vostro mi rimarrá tuttavia,  
e mi durerá forse ancor dopo che il  
mio corpo, che già non vive piú,  
sará fatto cenere

Leopardi— «Agli amici suoi in Toscana»

Cuando Leopardi estampó estas palabras en la dedicatoria de sus *Cantos*, sólo quiso significar con ellas el deseo de que su recuerdo se conservase intacto en el corazón de sus escasos amigos. Poco esperaba en aquel entonces del juicio definitivo de la posteridad.

Un siglo entero ha transcurrido del día de sus desposorios con la muerte, por él con tanto fervor invocada y aún sigue Leopardi viviendo la vida perdurable de aquellos que han trazado hondo surco en la historia del arte. No hubiera él exteriorizado sus dolores en forma artística y no estaríamos a estas horas evocando su personalidad de lineamientos inconfundibles. Privilegio es de los poetas el hacernos partícipes de su vida interior, apta para subyugar al lector, con tal que éste tenga sentimiento estético.

Quien pretenda analizar a Leopardi por el aspecto puramente retórico, haciendo caso omiso de las circunstancias especiales que acompañaron a su existencia, analizará a lo sumo lo exterior y caduco como es la forma, que al fin y al cabo es lo de menos importancia en este caso, ya que para adueñarse de ella basta el estudio concienzudo, o la imitación de los mejores modelos clásicos. El crítico que actúe en Leopardi como simple anatomista, reconocerá en él epítetos, giros y expresiones antes usadas por Horacio, Lucrecio, Virgilio y hallará concomitancias entre un verso de Leopardi, y uno de Monti o Fóscolo, pero no acertará de seguro a pintarnos el genuino Leopardi, para quien la forma poética fue solo un medio de expresión de sus dolores y no un simple aparato retórico para presentarse ante el público.



*Giacomo Leopardi*



En la orilla opuesta está el grupo de analistas y científicos que han dado en hablarnos del caso *Leopardi* como ejemplo no imitable de aislamiento social; y aquí de las largas disquisiciones sobre el influjo de la sociedad en el individuo y de los peligros que entraña el sustraernos a sus normas. Como si Leopardi fuera fácil de imitar!

En los manuales mediocres de literatura, donde cada escritor es juzgado de acuerdo con el criterio estrecho y a veces aberrante del autor, el solo nombre de Leopardi evoca la palabra pesimismo. Como si no hubieran sido pesimistas Chateaubriand, a pesar de su catolicismo de oropel o simplemente estético, o Byron con su satanismo espectacular, o Foscolo o el mismo Goethe. El autor de "*El Genio del cristianismo*", quien solía decir que "se había hastiado de todo desde el vientre de su madre", no ha pasado a la historia como portaestandarte del pesimismo sino como iniciador del renacimiento religioso en Francia.

Leopardi no podía contemplar la existencia por su aspecto risueño, porque ella no le suministraba sino motivos de desconsuelo. Es muy fácil solucionar los conflictos vitales, cuando en persona extraña se contemplan. Y así no faltarían quienes, movidos a compasión por el poeta, irían a darle consejos de filosofía burguesa o solazarse con sus desgracias como los amigos de Job. Estos consejeros gratuitos serían, a no dudarlo, sanos de cuerpo y alma y no contaban con una madre que vivía ahorrando pesetas con mengua y detrimento de su hijo, aunque con indudable provecho para el tesoro de su hacienda; no alentaría en ellos el noble amor patrio, que encendía el alma de Leopardi y le arrancaba acentos de profunda indignación.

*Perché venimmo a si perversi tempi?  
Perché il nascer ne desti, o perché prima  
Non ne desti il morire,  
Acerbo fato? onde a stranieri ed empi  
Nostra patria vedendo ancella e schiava*

La patria oprimida, el cuerpo torturado por los sufrimientos físicos, un amor no correspondido, el abandono de los hombres; y aun podríamos esperar que de todo ello brotase una poesía francamente optimista? Leopardi quería ser *verdadero consigo mismo*, y lo fue a todo trance. Y esa sinceridad suya es precisamente la que le ha conferido los atribu-

tos de la inmortalidad, tal que el tiempo ha sepultado en el olvido muchos de los sonetos de Petrarca, la mayor parte de las pastorales del Tasso, los retruécanos de Marini, y no pocas de las poesías de circunstancias de Carducci. En cambio nada más íntimo y penetrante que los cantos de Leopardi. La naturaleza no está allí como objeto sino reflejada en el alma del melancólico cantor; la transformó acomodándola a sus propios sentimientos, y asimilándola a sus dolores. Nada hay en él del paisaje otoñal de Víctor Hugo, ni de los ponientes de Lamartine, ni del panteísmo voluptuoso de D'Annunzio. Si esto ha sido interpretado por algunos como deficiencia de Leopardi, téngase por seguro que precisamente por este aspecto se diferencia de los restantes cantores. Su poesía es íntimamente personalista; no contando con lo exterior, todo lo que se verificaba en torno suyo sólo le interesaba en función de su propio yo. Uno mismo es el paisaje que en sus distintos cantos se nos describe. Falta allí la luz del mediodía derramada a torrentes sobre los objetos. Nada de las claridades ultraterrenas de Manzoni. El lácteo fulgor de la luna y el parpadeo de las estrellas, le suscitan recuerdos de su pasada juventud y dan alas a sus amargas reflexiones.

La incapacidad de vivir como los demás, la meditación constante, el tedio, la inquietud, la soledad, engendraron el llamado *mal du siècle*, con sus postulados inevitables: la melancolía, la desesperación, el amor a la muerte. Si el espíritu imaginativo y sensible ha agotado antes de vivir en realidad las fuerzas vitales; si la experiencia lo desengaña; si el mundo le desagrade, si lo cansa su propia compañía. ¿qué le resta? Morir únicamente. A esta conclusión llegan todos los románticos: Werther y Jacopo Ortis se suicidan. Madame de Stael hace el elogio del suicidio. Alfredo de Vigny reconoce que el suicidio es un delito para la religión y la moral, pero que hay casos en que la desesperación puede más que la razón.

La epidemia romántica era tal que alcanzó a hacer mella, por un momento, en un hombre de acción destinado a influir poderosamente en la humanidad, en un hombre que fue la energía misma y el dominador por excelencia. "Estoy fastidiado de la humanidad. Me fatigan los honores; el sentimiento se me ha extinguido, la gloria se me ha tornado insípida... A veces en medio de los hombres me reconcentro para meditar en mí mismo y entregarme a la melancolía...."

¿Qué debo hacer en este mundo? Puesto que debo morir, no sería mejor darme la muerte?" Quien así hablaba no era el Vizconde de Chateaubriand sino Bonaparte, en carta a su hermano José. Si el propio Emperador no pudo sustraerse al contagio, ¿qué mucho que éste se comunicase más tarde en forma más violenta al espíritu imaginativo y sensible de Leopardi? Sin el virus romántico no es de creer que sus facultades poéticas, imaginación y sensibilidad se hubieran templado, pero en cambio no se habrían agudizado hasta el extremo.

Leopardi es clásico y romántico a un tiempo, solicitado inversamente por una y otra tendencia. Al paso que otros poetas y escritores se arriman a una u otra escuela, él busca, sin lograrlo una conciliación; mientras el romanticismo lo hace reñir con la realidad, el clasicismo lo incapacita para adaptarse al mundo moderno. Léase, si no, su canto "Alla Primavera", en donde alaba aquellos tiempos en que la naturaleza estaba animada con un soplo de vida, cuando las candidas ninfas y el agreste Pan poblaban las fuentes y los prados, cuando alentaban las hierbas y las flores. El asunto no podía ser más clásico; pero, si se le considera atentamente, no lo es tanto como a primera vista parece. Allí predomina la inconformidad con el presente, que impulsa al romántico a refugiarse en el pasado con exótica delectación. Los románticos genuinos volvían los ojos a la Edad media cabaleresca y cristiana, la cual evoca alguna vez Leopardi.

*O torri, o celle  
O donne, o cavalieri,  
O giardini, o palagi.*

Empero, los profundos estudios que, sobre la antigüedad había hecho, hacían que él se fijase de preferencia en aquel mundo pagano, en el cual se refugiaría por entero para ser romántico, y en el cual debería refugiarse serenamente para ser clásico del todo. Nacido más tarde o más temprano, su pensamiento hubiera seguido una sola corriente y en la claridad de la visión y en la firmeza de las convicciones, habría encontrado fuerza y sostén. La época indecisa en que hubo de vivir acrecentó su malestar. Si él hubiese poseído una nativa capacidad de equilibrio habría conciliado dos mundos como Goethe. En Leopardi la lucha por lograr este equilibrio y a la cual se debe precisamente su grandeza co-

mo artista, es por otra parte, causa de sus dolores como hombre.

Si Leopardi es un poeta imaginativo es también un frío razonador, y por esta complejidad suya es más desdichado que si fuera un poeta todo entusiasmo. Toda su existencia es una lucha incesante y colmada de dolores, producidos por el desacuerdo entre el sentimiento y el pensamiento, entre la fantasía y la razón.

*A noi ti vieta  
Il vero appena é giunto  
O caro immaginar....*

El pensamiento lo hace sufrir; la verdad desnuda le causa espanto; sólo le parece amable la visión poética de la existencia. Y si la verdad por sí sola no le es grata, en cambio la satisfacción de encontrarla le proporciona un deleite. Juzgando, según su imaginación poética, que las ilusiones y las esperanzas son verdaderamente amables, concluye que la fantasía es la única fuente de felicidad en esta vida. Pero el filósofo no puede asignarle a la razón un papel secundario, porque en ella está basada necesariamente su filosofía. Mas, qué de esa facultad necesaria para vivir en medio de los demás: la voluntad? Sentir, imaginar, razonar, son cosas hermosas y buenas pero es necesario además querer y obrar. En las crisis continuas producidas por el íntimo desacuerdo entre la razón imperiosa y la fantasía desmedida, Leopardi perdió la capacidad de obrar.

En el fervor de la juventud, estudia todo cuanto le es posible. Aprende por sí solo el hebreo y el griego, empleando el tiempo que le queda libre en el estudio de las gramáticas inglesa y española. Pero su voluntad no es ya aquella que lo capacita para la acción; estudiar, se ha dicho, es otra manera de pensar y condición necesaria para tener sobre que raciocinar. La energía, la fuerza de voluntad, la necesidad de luchar, se merma poco a poco en él y al fin se extingue por completo. Se aferró demasiado a lo fantástico y dilapidó su capacidad vital, viviendo en un mundo imaginario.

Y esta impotencia para la acción la describe maravillosamente por haberla estudiado directamente en sí mismo. Alaba el amor porque gracias a él,

*Sapiente in opre  
Non in pensiero van, siccome suole,  
Divien l'umana prole.*

Y Filippo Ottonieri cuenta que Sócrates "inclinado naturalmente a las obras más que a la especulación, no acudía a las palabras sino en vista de la dificultad que encontraba en obrar". Esta dificultad fue la del propio Leopardi; dificultad tanto más dolorosa cuanto que él se daba cabal cuenta de ella. De su constitución psíquica procedían sus defectos: la exageración del sentimiento poético o sea de la sensibilidad y de la fantasía; el contraste entre este exquisito sentimiento poético con un elevadísimo espíritu filosófico y como consecuencia, la depresión y dispersión de la voluntad.

Su extraordinaria capacidad de pensar estuvo contrapesada con las miserias corporales. En los poetas y filósofos de su tiempo, los dolores alternan con los placeres, los regocijos con la tristeza. El dolor de Leopardi es único e irremediable, porque no sólo sufre sino que no puede gozar. Aquellos ojos que deberían abrirse para admirar el espectáculo de la naturaleza, de la belleza, se ven forzados a esquivar la luz del sol. La tisis, la hidropesía se disputan el dominio de ese cuerpo martirizado. Y estos padecimientos no son poderosos a impedir que él pretenda satisfacer el natural deseo de los placeres, buscando los regocijos comunes a todo ser viviente. Urgeio el deseo de estudiar más y más, de meditar, de comunicarse con el pensamiento de los grandes poetas y filósofos, de concentrarse en sí mismo, de expresar sus propias ideas. En vano le aconsejan que abandone semejantes estudios, los cuales no hacen sino causarle grave daño para la salud. Vivir sin pensar no le es posible y reparando entonces en su propia tragedia se lamenta de que debiendo vivir en el mundo no sea "piedra o planta o cualquiera otra cosa, que no tenga por compañía de la vida, el pensamiento".

Y si, por sus condiciones morales, se halla incapacitado para ejercitar debidamente la voluntad, su constitución física le veda toda acción directa capaz de satisfacer sus facultades naturales. La sensibilidad que busca de por sí las impresiones agradables, falla en él al cabo y no experimenta ninguna; la reflexión, la meditación misma, que lo ha consolado al principio de los no disfrutados placeres, a la postre tampoco vendrá a aliviarlo.

Representémoslo ahora tal como lo veían sus contemporáneos y como aparece en los contados retratos que de él nos quedan. Amplia cabeza que contrasta con la delgadez del cuerpo, cuya armonía interrumpe la estorbosa giba. La blan-

mo artista, es por otra parte, causa de sus dolores como hombre.

Si Leopardi es un poeta imaginativo es también un frío razonador, y por esta complejidad suya es más desdichado que si fuera un poeta todo entusiasmo. Toda su existencia es una lucha incesante y colmada de dolores, producidos por el desacuerdo entre el sentimiento y el pensamiento, entre la fantasía y la razón.

*A noi ti vieta  
Il vero appena é giunto  
O caro immaginar...*

El pensamiento lo hace sufrir; la verdad desnuda le causa espanto; sólo le parece amable la visión poética de la existencia. Y si la verdad por sí sola no le es grata, en cambio la satisfacción de encontrarla le proporciona un deleite. Juzgando, según su imaginación poética, que las ilusiones y las esperanzas son verdaderamente amables, concluye que la fantasía es la única fuente de felicidad en esta vida. Pero el filósofo no puede asignarle a la razón un papel secundario, porque en ella está basada necesariamente su filosofía. Mas, qué de esa facultad necesaria para vivir en medio de los demás: la voluntad? Sentir, imaginar, razonar, son cosas hermosas y buenas pero es necesario además querer y obrar. En las crisis continuas producidas por el íntimo desacuerdo entre la razón imperiosa y la fantasía desmedida, Leopardi perdió la capacidad de obrar.

En el fervor de la juventud, estudia todo cuanto le es posible. Aprende por sí solo el hebreo y el griego, empleando el tiempo que le queda libre en el estudio de las gramáticas inglesa y española. Pero su voluntad no es ya aquella que lo capacita para la acción; estudiar, se ha dicho, es otra manera de pensar y condición necesaria para tener sobre que raciocinar. La energía, la fuerza de voluntad, la necesidad de luchar, se merma poco a poco en él y al fin se extingue por completo. Se aferró demasiado a lo fantástico y dilapidó su capacidad vital, viviendo en un mundo imaginario.

Y esta impotencia para la acción la describe maravillosamente por haberla estudiado directamente en sí mismo. Alaba el amor porque gracias a él,

*Sapiente in opre  
Non in pensiero van, siccome suole,  
Divien l'umana prole.*

Y Filippo Ottonieri cuenta que Sócrates "inclinado naturalmente a las obras más que a la especulación, no acudía a las palabras sino en vista de la dificultad que encontraba en obrar". Esta dificultad fue la del propio Leopardi; dificultad tanto más dolorosa cuanto que él se daba cabal cuenta de ella. De su constitución psíquica procedían sus defectos: la exageración del sentimiento poético o sea de la sensibilidad y de la fantasía; el contraste entre este exquisito sentimiento poético con un elevadísimo espíritu filosófico y como consecuencia, la depresión y dispersión de la voluntad.

Su extraordinaria capacidad de pensar estuvo contrapesada con las miserias corporales. En los poetas y filósofos de su tiempo, los dolores alternan con los placeres, los regocijos con la tristeza. El dolor de Leopardi es único e irremediable, porque no sólo sufre sino que no puede gozar. Aquellos ojos que deberían abrirse para admirar el espectáculo de la naturaleza, de la belleza, se ven forzados a esquivar la luz del sol. La tisis, la hidropesía se disputan el dominio de ese cuerpo martirizado. Y estos padecimientos no son poderosos a impedir que él pretenda satisfacer el natural deseo de los placeres, buscando los regocijos comunes a todo ser viviente. Urgeio el deseo de estudiar más y más, de meditar, de comunicarse con el pensamiento de los grandes poetas y filósofos, de concentrarse en sí mismo, de expresar sus propias ideas. En vano le aconsejan que abandone semejantes estudios, los cuales no hacen sino causarle grave daño para la salud. Vivir sin pensar no le es posible y reparando entonces en su propia tragedia se lamenta de que debiendo vivir en el mundo no sea "piedra o planta o cualquiera otra cosa, que no tenga por compañía de la vida, el pensamiento".

Y si, por sus condiciones morales, se halla incapacitado para ejercitar debidamente la voluntad, su constitución física le veda toda acción directa capaz de satisfacer sus facultades naturales. La sensibilidad que busca de por sí las impresiones agradables, falla en él al cabo y no experimenta ninguna; la reflexión, la meditación misma que lo ha consolado al principio de los no disfrutados placeres, a la postre tampoco vendrá a aliviarlo.

Representémoslo ahora tal como lo veían sus contemporáneos y como aparece en los contados retratos que de él nos quedan. Amplia cabeza que contrasta con la delgadez del cuerpo, cuya armonía interrumpe la estorbosa giba. La blan-

cura mate de su tez, denuncia la poca sangre que circula por sus venas exhaustas. Perfilase la nariz, húndense las mejillas, y la boca dibuja una sonrisa entre dulce e irónica; sus ojos pequeños y azules fulguran tímidamente. Juntemos a todo esto la voz débil y apagada, el andar vacilante y tendremos alguna idea de lo que fue Leopardi. ¿Y lo que él padecía a causa de su deformidad física? La plebe se burla de él despiadadamente. Las raras veces que se le ocurre salir a disfrutar del aire libre para aliviar sus quebrantos, se le mira con burla, quizá con desprecio. Los pilletes se divierten arrojando guijarros a la espalda del jorobado Leopardi. Nadie entiende sus proyectos literarios; todos lo tienen por vil, a él que comprende el valor de su saber.

*Ne mi diceva il cor che l'età verde  
Sarei dannato a consumare in questo  
Natio borgo selvaggio, intra una gente  
Zotica, vil cui nomi strani, e spesso  
Argomento di riso e di trastullo  
Son dottrina e sapers che m'odia e fugge,  
Per invidia non già, ché non mi tiene  
Magior di se, ma perché tale estima  
Ch'io mi tenga in cor mio sebben di fuori,  
A persona giammai non ne fo segno.*

Pudiera él al menos abandonar a Recanati y, peregrinando por otras ciudades encontrar el anhelado reposo, o al menos alivio a sus dolencias. Emprende viaje a Roma y todo le desagrada allí. "Tened por cierto, escribe, que el más estulto de los habitantes de Recanati, posee una mayor dosis de buen sentido que el más sabio de los romanos". Y hélo aquí de regreso a Recanati, donde, como es natural, no halla la libertad de que ha disfrutado fuera de casa, para emprender de nuevo viaje a Milán. En esta ciudad se encuentra descontento y de mal humor". Pocos literatos, agrega, he conocido y no tengo intenciones de verlos por segunda vez". Pisa, Florencia y Nápoles le vieron peregrinar dolorosamente. El 14 de junio de 1837 a los treinta y nueve años de edad, sucumbía víctima de un ataque de asma.

*Solo aspettar sereno  
Quel di ch'io pieghi addormentato il volto  
Nel tuo virgineo seno.*

Es muy difícil por no decir imposible, imaginar qué hubiera sido de un hombre si no lo hubieran acompañado determinadas circunstancias. Quién diría lo que habría escrito Dante, a no haber sido desterrado, o qué habría hecho Bonaparte, al haber nacido un siglo antes. De los elementos negativos que constituyen la vida de Leopardi, surge no obstante un elemento positivo que es su obra poética, la cual, como dice el más fiel de sus traductores en lengua castellana, "gana en intensidad lo que le falta en extensión y presenta diversas fases, que señalan el progresivo desarrollo del genio del poeta, dentro de la unidad del pensamiento y del ideal artístico" (1).

En la negación pone todo el impulso místico de sus antepasados. Su filosofía se deriva de la experiencia y también de la razón. Su pesimismo no es frío porque el filósofo está acompañado del poeta; y no es falso porque la especulación está acompañada de la experiencia. El filósofo que niega es también un hombre que sufre. Refugio y consuelo para el poeta fue el arte, porque creando en él un mundo ideal, soñaba en evadirse de la realidad, para aplacar, en la contemplación de la obra bella, su sed inextinguible de amor y de verdad.

JUAN MANUEL ARRUBLA

Colegial, doctor en Filosofía y Letras y catedrático de Gramática Superior en este Colegio Mayor.

(1) Antonio Gómez Restrepo. Prefacio a la traducción de Leopardi.

